

La comprensión humboldtiana de la política en la Venezuela de sus tiempos

Antonio José Monagas*

[amonagas@cantv.net]

Resumen

A lo largo de este trabajo se intenta describir la realidad que impresionaría a Alexander Von Humboldt al llegar al Nuevo Continente, el 16 de Julio de 1799. Indiscutiblemente, no fue sólo la naturaleza del territorio venezolano lo que sorprendió su observación. Desde luego, tampoco fue el carácter particularmente perverso de la forma de administrar el gobierno por parte del poder español puesto que ya se había paseado ante formas de gobierno similares. Su inquietud por dichos problemas, supo compensarla con su comprensión del mundo natural físico que lo rodeó. Su vigor, pero además su sensibilidad, fueron ciertamente las fuerzas que fomentaron su voluntad y prudencia para evitar caer ante las suspicaces miradas de quienes, política y militarmente dominaban y limitaban las posibilidades de emancipación que se arraigaba en la población. Humboldt, preveía la proximidad de la independencia en América lo cual, indiscutiblemente, fue tomado como referencia ante los encarecidos procesos de lucha. Igualmente, sintió preocupación por la fragilidad de la geografía física así como también por las angustias que padecían los habitantes de América.

Palabras clave: Poder, Hecho político, Gobierno, Libertad política, Emancipación, Revolución, Independencia.

Abstract

Humboldt's understanding of the Venezuelan politics of his time

We attempt to describe the reality that would have impressed Alexander Von Humboldt upon arriving to the New Continent on 16th July, 1799. Undoubtedly it was not merely the natural beauty of the Venezuelan territory that surprised him, nor was it the perverse Spanish administration, since he had seen similar governments before. His concern for such matters was compensated by his understanding of the natural physical world that surrounded him. His vigor and sensitivity were the forces that strengthened his will and prudence, forces that helped him avoid the suspicious gazes of those who held military and political power and who restricted the possibilities of emancipation that were rooted in the population. Humboldt foresaw the proximity of American independence, which served as a point of reference for the coming struggles. He was as much concerned about the fragile physical geography as the distress that the inhabitants of America suffered.

Key words: Power. Political fact. Government. Political freedom. Emancipation. Revolution. Independence.

Profesor Asociado de Postgrado, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Los Andes, ULA. Mérida-Venezuela. Maestría en Planificación del Desarrollo (1985). Doctorado en Estudios del Desarrollo (1990). Especialización en Gerencia Pública (1991). Obra publicada por la Universidad de Los Andes, Universidad Centrooccidental Lizandro Alvarado, Universidad Santa María, Corporación de Desarrollo de Los Andes.

Introducción

La historia de las sociedades es trazada no sólo por las acciones del hombre. Desde luego, su condición política igualmente determina las decisiones que luego definen el devenir colectivo. Del mismo modo, la naturaleza fija sus criterios de contundente ejecución sin que muchas veces, ese mismo hombre posea la suficiente sensibilidad para aprehender, en el mismo momento histórico, el comportamiento del entorno natural que le rodea para así instigarle actitudes y aptitudes sociales y culturales, anímicas y personales.

Esa carencia o precaria capacidad del hombre para advertir los clamores de una naturaleza que igualmente busca expresarse a través de un peculiar lenguaje, ha venido afectándose, bien por causas imbricadas con la dureza del acervo cultivado sobre la base del conocimiento, cada vez más perfeccionado y ampliado a todas las esferas presenciales del hombre, como por causas que sólo se explican en el fracturamiento de la relación hombre-naturaleza. Habida cuenta que esta escisión se ha acentuado en la medida de la velocidad del aislamiento que éste se ha permitido como resultado de la complejidad del mundo que lo envuelve y lo atrapa para insuflarlo, como elemento de esencial participación, en los procesos de creciente y heterologada estructuración del mercado y de todos sus mecanismos mercantilistas de subyugamiento económico.

No obstante, esa misma historia ha sido testigo del espacio ganado por quienes han sabido evadir las fuerzas de esos círculos de traumáticos efectos que han estado siempre como trampas propias de realidades encubiertas por la acción asfixiante de riesgosas tentaciones. No hay duda que Alexander von Humboldt fue uno de estos hombres que realmente supieron reconocer la magnificencia de la cual es expresión auténtica la naturaleza. No fue necesario para este insigne alemán, contar con más instrumentos que aquellos de sencilla mecánica de observación que le acompañaban. Justamente, por su afán explorador para inferir la compleja belleza que caracterizaba el magno territorio de las Indias Occidentales que llegó a conocer en 1799.

Pero, eso no fue todo lo que impresionaría, en una primera apreciación, del mundo que rodeaba al infatigable hombre de ciencia. Indiscutiblemente que la vida política sobre la cual se articulaban las relaciones internacionales y los intereses hegemónicos dominantes de entonces, también habría marcado una imagen de esa realidad en la que irían a adquirir valor científico sus deducciones, conjeturas y definiciones. No sólo con la idea de aportar su contribución al hecho significativo de evaluar el ambiente natural a partir de la incidencia de su geografía y demás instancias que describían cada escenario donde posaba su mirada. También, desde luego, con la intención de demostrar el grado de acumulación de conocimientos que su nación había alcanzado para entonces, y con lo cual justificaba el orden de importancia que Alemania ocupaba en el concierto de las naciones con mayor desarrollo tanto científico y técnico, como económico, social, político, y por supuesto militar.

Habría que reconocer, sin temor a equivocaciones, que además del asombro que causó en Humboldt regodearse con cada uno de los ámbitos naturales que visitó y con lo cuales se identificó emocionalmente, igualmente le resultó incitante la política que marcaba en Venezuela la vida institucional-administrativa impuesta por el Imperio Español, a través de sus agentes colonizadores. Por eso, apuntar estas notas, a manera de ensayo histórico, aún cuando breve, buscando describir *La comprensión Humboldtiana de la Política en la Venezuela de sus tiempos*, constituye una interesante oportunidad para destacar la capacidad humana y sensibilidad política que comportó Alejandro de Humboldt para explicarse y justificarse las posibilidades de relacionarse con quienes tenían las facultades político-administrativas de tomar las decisiones que comprometían el devenir de aquella importante colonia española situada al norte de Sudamérica. Y asimismo, de compartir sus primeras estimaciones sobre la naturaleza de tan inimaginables territorios, y que luego le habría permitido escribir *La Primera Ascensión a la Silla de Caracas, Por Tierra de Venezuela, Viaje a Venezuela y Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente y Cosmos*, entre otros, donde refirió importantes observaciones muchas de las cuales aludían a este país.

Humboldt, más que inquietudes científicas.

La condición de acucioso científico en Humboldt, naturalista, geólogo, astrónomo, explorador, sismólogo, vulcanista, demógrafo, arqueólogo, etnógrafo, antropólogo y botánico, no impidió que tuviera no sólo aprehensiones hacia el mundo político, sino también sus propias opiniones sobre tan controvertida materia. A pesar de las correspondientes limitaciones de expresión del pensamiento que para entonces regían tan discretos ambientes monárquicos. Sobre todo, tratándose de él ya que su posición social le comprometía en demasía. “Su padre perteneció a la nobleza prusiana, habiendo sido Mayor del Ejército y Chambelán del Rey, mientras que su madre fue María Isabel de Colomb, de ascendencia francesa, viuda del Barón de Holwede” (Fundación Polar; 1988, t. E-O, p. 497).

De hecho, la educación recibida en sus primeros años, fue de mano de afamados maestros lo cual le valió el estímulo necesario para continuar estudios superiores en importantes instituciones universitarias alemanas. Fue así, como llegó a ser “(...) alumno de Werner, uno de los más notables geólogos y mineralogistas de la época” (Idem).

Su paso en la redacción del periódico *Las Horas*, dirigido por el reconocido poeta Shiller, le indujo a que comenzara a apreciar la realidad política de entonces. De esta manera, sin marginar el interés que en él despertaba la pasión por la actividad científica, Humboldt comenzaba a intrigarse por lo que acontecía en ese otro mundo del cual ya habían escrito pensadores como Nicolás Maquiavelo, Montesquieu, Juan Jacobo Rousseau, Thomas Hobbes, Manuel Kant, Maximilien de Robespierre y David Hume, entre otros. Sin embargo, la influencia de su hermano Carlos Guillermo, filólogo y filósofo, al lado de su comedia y fina forma personal de actuar socialmente, inhibió un tanto su capacidad de crítica de las decisiones políticas que marcaban las relaciones entre clases sociales y la dinámica del poder manejado desde la Monarquía.

Quizás, fue también ese difícil ambiente político dominante otra razón de peso para provocar en Humboldt esa particular inhibición al momento de expresarse políticamente. Y en esas circunstancias, tal situación era estimulada por un régimen político fuertemente

caracterizado por la soberbia de Federico II, el Grande, Rey de Prusia, típico representante del denominado “despotismo ilustrado” y luego por la obcecación de sus sucesores Federico Guillermo II y Federico Guillermo III, quienes igualmente reinaron en medio de tanta beligerancia por la que se buscaba consolidar el imperio prusiano. Sin duda, que todo ello, sumado a la muerte de su madre acaecida en 1796, determinó ciertas reacciones personales en Humboldt. Particularmente, su salida de Prusia hacia tierras desconocidas para él aunque si referidas a través de comentarios e inquietantes lecturas.

Para entonces, toda Europa ya conocía el trabajo del economista Adan Smtih quien sembró las avanzadas ideas del liberalismo. Humboldt, por supuesto, comulgó con esos postulados por razones que albergaba su carácter de hombre libre. Sin embargo, lo preocupaba el problema de la emancipación americana. “Le parecía que la independencia de la América del Sur era el corolario lógico de la creación de la República en la América del Norte; que el continente no podía, en el proceso de su desarrollo, sino tener unos mismos principios políticos y una sola forma de gobierno; que el ensanche científico y por lo tanto industrial, necesitaba de la completa libertad del comercio. Creía que existían grupos de hombres superiores llamados a iniciar reformas políticas pero dudaba que encontrasen apoyo en pueblos acostumbrados, durante tres siglos, a la obediencia pasiva. En fin, aunque Humboldt simpatizaba con la idea y la creía tan justa y necesaria, dudaba que hubiera un hombre capaz, un genio que se pusiera al frente de una revolución que podía ser tan dilatada como sangrienta”. (Rojas; 1943, p.282)

Así, embargado por estos sentimientos, aunque apoyado en la arrogancia de una juventud en plena efervescencia, inicia su primer periplo por Europa el cual le lleva a Madrid, donde en compañía del también estudioso de la ciencia, el francés Aimé Bompland, gana la simpatía y confianza de círculos sociales y culturales de esa ciudad. Es así como “traba amistad con Mariano Luis de Urquijo, a la sazón ministro de Carlos IV, y por su mediación, obtiene el permiso para visitar las provincias españolas en América” (Fundación Polar; 1988, t. E-O. p. 497).

Luego de zarpar, desde La Coruña en la corbeta “Pizarro”, el 5 de Junio de 1799 en dirección a México y previa escala en Tenerife, llega al Puerto de Cumaná, en Venezuela, al verse obligado a desviarse de su curso originario debido a las dificultades meteorológicas que prevalecían en las Antillas. Así, la embarcación arribó a tierra firme cuarenta y un días después, el 16 de Julio, permitiendo a Humboldt y a Bompland pisar tierras americanas tuteladas por la Corona española.

Pero ese mismo Humboldt, talentoso y temerario, igualmente vivía el estremecimiento de la situación política que le rodeaba. Tanto que, luego habría escrito, a manera de ensayo político sobre la provincia de Venezuela que “el embrutecimiento de los pueblos es el resultado de la opresión que ejerce el despotismo interior o un conquistador extranjero, y va siempre acompañado de un empobrecimiento progresivo y de una disminución de la fortuna pública (...) Nada hay más terrible para la prosperidad del antiguo continente como la prolongación de luchas intestinas que detienen la producción, disminuyendo al mismo tiempo el número y las necesidades de los consumidores. No obstante, esta lucha que empezó en la América española seis años después de mi partida, llega poco a poco a su fin. Muy en breve, veremos pueblos independientes, regidos según formas de gobierno muy diversas, pero unidas por la memoria de un origen común, por la uniformidad del idioma y las necesidades que hace nacer siempre la civilización” (Humboldt; 1985, pp.105-106)

Estas observaciones nada tenían de aventuradas. Por el contrario, se fundamentaban en esas vivencias colmadas de entera preocupación que siempre fue constante de solapada evidencia en Humboldt. Pensaba que para zafarse de los problemas que, para la América española, representaba la opresión y manipulación política, “(...) es preciso poder contar con otro elemento menos fácil de sujetar al cálculo, que es esa prudencia y sabiduría de los pueblos que calma las pasiones odiosas, ahoga el germen de la discordia y da consistencia a instituciones libres y fuertes” (Idem).

Venezuela, una tierra mágica aunque conflictiva.

Venezuela, año de 1799. Ya había comenzado a fraguarse el espíritu libertario que inspiraría el inicio definitivo de los choques militares entre las tropas reales y las patriotas. Socialmente, se vivían profundas diferencias. “Castas que se odiaban, así por la diversidad de su origen como por la desigualdad de sus condiciones. Indios, si protegidos por las leyes, reducidos de hecho a la servidumbre por los encomenderos, misioneros, pobladores y propietarios de la tierra; los negros, si también amparados teóricamente por una legislación tutelar, diezmados en el trabajo excesivo de las minas y labranzas, porque las ideas de la época no enseñaban a economizar las fuerzas del esclavo para conservarle la vida y con ésta la capacidad de una labor más productiva; los pardos, pobres, excluidos del Gobierno municipal y menospreciados por los blancos criollos, éstos en quienes degeneró el temperamento impetuoso y aventurero de los conquistadores propensos a gozar indolentemente de las riquezas de sus abuelos y de sus privilegiados *oficios de república*; los blancos peninsulares, en su mayoría empleados que a, menudo y a pesar de su calculado liberalismo favorable a los mestizos, buscaban motivo para su ascenso en las rencillas y pleitos de las castas económicas, condicionan el progreso del estado social de las provincias venezolanas” (Gil Fortoul; 1953, p.115)

No fue sino hasta el 20 de Noviembre cuando, en compañía de Bompland, llegó a Caracas, capital de la Provincia de Venezuela, donde “(...) fueron recibidos por el Gobernador y Capitán General, Manuel de Guevara Vasconcelos, quien personalmente se ocupó de su alojamiento en una casa frente a la plaza de La Trinidad” (Ibid, p.498). Este, se puso a la disposición de Humboldt por lo que se comprometió a facilitarle noticias y allanarle los inconvenientes que se presentaran al libre estudio que se planteaba de la provincia venezolana. “Todas las autoridades secundaron esas miras, en tanto que la sociedad caraqueña, si bien impotente para ilustrar los estudios del sabio, abundaba en esa galantería que cautiva sin ilustrar y que flexible imprime cierta gracia a las más solemnes situaciones de la vida” (Rojas; 1942, p.386)

Manuel de Guevara Vasconcelos, venía también de ser nombrado, por Real Despacho del 11 de Octubre de 1798, dictado por el Rey Carlos IV, Presidente de la Real Audiencia de Caracas razón por la cual prestó juramento ante el Consejo de Indias el 12 de Diciembre de ese año y tomando posesión de su cargo el 6 de Abril de 1799 (Rodríguez; 1957, pp.256-270). Humboldt encontró un país que exactamente se correspondía con las limitaciones y deficiencias de una colonia. Indiscutiblemente, todo ello fue interpretado por Humboldt quien inmediatamente y contenido por una reverente discreción, pasó a ocuparse de sus asuntos científicos. Más, cuando en Caracas, “no había encontrado ni instrucción general, ni publicaciones de la prensa que son en todos los países el termómetro de la cultura intelectual de un pueblo; menos aún, ideas de progreso de parte de autoridades retrógradas e ignorantes, destinadas más bien para custodiar un rebaño de ilotas que para gobernar un estado tan favorecido por la naturaleza y donde abundaban los talentos y hombres cabaleros. Sin embargo, a pesar de esta ausencia de progreso científico, encontrábase un grupo de hombres ilustrados, bibliotecas privadas, conversación amena y talentos que en el silencio del oscurantismo se habían educado a solas, sin haber tenido que apelar al claustro de una Universidad que tenía más de convento que de instituto literario” (Rojas; 1942, p. 390)

El país, venía de culminar un proceso político-administrativo de unificación de las provincias de mayor concentración demográfica y movilidad político-económica, basado en una propuesta de reforma administrativa-militar borbónica. Por la misma, “el presidente de la Real Audiencia era la primera autoridad de las provincias de Venezuela, Maracaibo, Cumaná, Guayana e islas de Margarita y Trinidad en lo judicial como su presidente; en lo militar como su capitán general y sólo de Venezuela como su gobernador político” (Arellano Moreno; 1977, p.115) convertía al capitán general, en jefe de la provincia con amplio poder político y militar. No obstante, muchas fueron las extravagancias y extralimitaciones en que incurría esta Autoridad, dado su múltiple rol de gobernador, presidente y jefe militar, para que fueran progresivamente caldeándose los ánimos revolucionarios de criollos o afectos al sentimiento patriótico.

Entre las vicisitudes de una política emancipadora.

Sólo a año y medio de la llegada de Humboldt a Caracas, había sido abortada la conspiración contra el gobierno real levantada por Manuel Gual y José María España. La represión primaba por doquier. Tanto, que el 8 de Mayo de 1799, España era ejecutado en la Plaza Mayor de Caracas, mientras que Manuel Gual moría en extrañas circunstancias las cuales siguen debatidas entre historiadores. No obstante, el temor oficialista ante cualquier otro sabotaje o insurrección, permitió que se dictaran órdenes militares que sobrepasaban la discrecionalidad propia de un régimen que buscaba restablecer la paz a “como diera lugar”. Tal había sido la misión que encargó el rey Carlos IV al nuevo Presidente de la Real Audiencia de Caracas, Gobernador y Capitán General, Brigadier de los Reales Ejércitos, Manuel de Guevara Vasconcelos. Y es que, en efecto, sobraban las razones para que el Gobierno, ante posibles actitudes emancipadores, actuara con tanta suspicacia. De hecho, ya se habían vivido algunas situaciones de preocupante cuidado.

Entre otras, el 10 Mayo de 1795, se había alzado un grupo de esclavos, negros y mestizos libres en la hacienda Macanillas, al mando de José Caridad González y José Leonardo Chirinos, para proclamar la libertad de los esclavos y la supresión de las alcabalas e invaden a Coro. La rebelión fracasó y sus dirigentes son ejecutados. Por otro lado, el Tratado de San Ildelfonso que se firmó el 18 de agosto de 1796 entre España y la Francia revolucionaria, colocaba a España enemiga de Inglaterra trayendo grandes repercusiones en las colonias españolas de América. En 1797, se vive otro antecedente de mucha atención para el gobierno de la Capitanía General de Venezuela. Francisco Javier Pirela, es condenado a muerte por la Real Audiencia de Caracas, por conspirar contra el régimen español desde Maracaibo. Justamente, tal conspiración fue así descubierta el 10 de Mayo de 1799. Sin embargo, la pena le fue conmutada por diez años de presidio en La Habana, Cuba.

Es así como la Audiencia de Caracas hacía dictar graves sanciones contra quienes poseían libros que difundieran ideas igualitarias y libertarias como las contenidas por la Declaración de los Derechos del Hombre establecidos por la Asamblea Nacional Francesa en 1789 cuando se desencadenó la Revolución francesa. Contingencias de esta índole, desde

luego, no eran desconocidas para Humboldt quien provenía de un ambiente político igual o mucho peor instigado en nombre de la “justicia imperial”. Europa, vivía para entonces entre una y otra conflagración. Francia, Italia, Austria y Prusia, particularmente, eran escenarios de bélicos conflictos y que, de manera directa e indirecta, ejercían profundos efectos en quienes vivían en el centro y alrededores de dichas confrontaciones.

La Prusia que deja Humboldt en 1796, cuando inicia el periplo que lo llevaría a Venezuela, había entrado en una fase de debilitamiento a consecuencia del desgaste que sufre el Estado Prusiano por la Guerra de Sucesión de Austria. Luego, por la Guerra de los Siete Años donde sus ejércitos enfrentaron los esfuerzos bélicos combinados de Francia, Austria y Rusia para después caer vencidos en Valmy, 1792, por la arrolladora fuerza de la Revolución Francesa.

Venezuela, no obstante, seguía siendo campo de constantes antagonismos por cuyos efectos, la política imperante se veía fuertemente alterada debido a la necesidad de readaptarla a las contingencias y circunstancias. “En esa época, estaban latentes las insurrecciones, así como la posibilidad de invasiones extranjeras a la provincia por lo que el Gobernador da un Bando alertando a Caracas y a otras ciudades, sobre lo que debía hacerse en estos casos” (Fundación Polar; 1988, t. E-O, p. 394). Desde luego, Alejandro de Humboldt, en medio de esa situación, no podía dejar de estar atento a todo lo que a su alrededor ocurriera. Más, tratándose de decisiones tomadas bajo órdenes militares de extrema acción, o producto del temperamento propio de una soldadesca ofuscada o agobiada por los rigores e inclemencias del trópico.

En todo caso, Humboldt, durante los dieciséis meses que estuvo en Venezuela, no se intimidó por las consecuencias de sus compromisos por cuanto siempre reconoció los riesgos y dificultades que, por la realización sus actividades de exploración y análisis científico, podían presentarse. Coincidental o extrañamente, las visitas que definieron su recorrido se dieron por los sitios o ambientes que vivían la mayor efervescencia política y social. Los Valles del Tuy y de Aragua, Antímano, La Victoria, Turmero, Valencia, Gaucara, Las

Trincheras, Calabozo, San Fernando de Apure, San Carlos del Río Negro, Angostura, El Pao, Barcelona y Cumaná, y regiones aledañas, ocuparon la atención del científico.

Humboldt se paseó por una buena parte del territorio venezolano que casi representaba casi la mitad de su particular geografía. Indiscutiblemente, que al lado de sus observaciones relacionadas con la geología, la botánica, la física, la entomología, entre otras naturalidades, igualmente se interesaba por estudiar el modo social y cultural, y por supuesto, el político de las comunidades que tocaba a su paso. Y de modo especial, de las indígenas cuya cultura religiosa y política acucia más aún el interés del científico. Quizás, ello le permitió, no aventurarse a expresar alguna opinión que pudiera adversarle ante quienes debían reconocer la veracidad del salvo-conducto otorgado por Carlos IV para llevar a cabo sus estudios científicos del Nuevo Mundo.

Por eso, observó siempre un prudente y discreto comportamiento que favoreció sus solicitudes ante las Autoridades locales. Quizás otro factor que también incitó más la cautela de Humboldt, fue el problema que, a su juicio, constituía “(...) la marcha de una civilización entrabada por la imperfección de las instituciones sociales, por el sistema prohibitivo y por los demás funestos extravíos de ciencia del Gobierno” (Humboldt; 1985, p.104).

Es así que, ante la interpretación del proceso de centralización de las provincias coloniales que para entonces se venía produciendo y animando, por necesidad política y urgencia administrativa considerada a instancia de los intereses imperiales españoles, Humboldt define al país como, “Capitanía General de las Provincias Reunidas de Venezuela y Ciudad de Caracas” (Arellano Moreno; 1977, p.144) al momento de señalar que comprendía la Nueva Andalucía o provincia de Cumaná, con la isla de Margarita, Barcelona, Venezuela o Caracas, Coro, Maracaibo Barinas y Guayana. Siempre que hacía mención a ella, lo hacía como “Capitanía General de Caracas” con lo cual dejaba ver su sesgo por magnificar la importancia política de Caracas por cuanto había que reconocer que en ella se enclavaba la base institucional-organizacional de los poderes civiles y militares y, que expresado en función de aquella realidad, significaba la concentración de la fuerza política de entonces con autoridad sobre toda la extensión comprendida por la Real Audiencia.

La sociedad caraqueña de 1800, en buena medida, mostraba un comportamiento que generó angustia en Humboldt aun sabiendo que “no había en esto nada de extraño, sobre todo en un país en el cual el estudio de la naturaleza era un enigma y en que no había iniciativa ilustrada de parte del Gobierno. El abandono y la indiferentismo obraban a la manera de un tósigo que enerva las facultades físicas e intelectuales del hombre; y lo que en otra situación habría sido un deber, habría pasado en aquella época como una necedad” (Rojas; 1942, p.389)

España, si bien no había podido dar a sus colonias las luces y la libertad política que determinaba la abrumadora situación de dependencia que las mismas confrontaban, al menos había animado otras formas de vida. “Había así arraigado la gentileza en el trato, la hospitalidad digna, esa cultura social y caballerosa que en toda época es una de las principales virtudes de una gran nación” (Idem). Desde luego, en aquella población no sólo más propensa a emular a sus gobernantes un tanto como condición de adulancia implícita, sino también en quienes verdaderamente eran capaces de comprender el carácter frágil de la vida cuando ésta busca erigirse a fuerza de imposiciones más allá de la propia voluntad y deseos.

Precisamente Caracas, se caracterizaba por gozar de dar cobijo a hombres y mujeres cautivados por la serenidad de una vida bucólica a lo cual prestó mucha atención Humboldt. Más, por tratarse de haber sido él una persona de refinado comportamiento. De hecho, sus relaciones con algunas familias caraqueñas, se debieron a esas virtudes. Así “(...) mantuvo un contacto continuo con las familias Ibarra, Toro, Ustáriz, Soublette, Tovar, Montilla, Sans, Blandín y otras más donde brillaban los espíritus talentosos de entonces” (Idem). Sin duda que, Humboldt tuvo que esforzarse por simular un cierto y comprensivo agrado del modo de conducirse políticamente las provincias bajo la perversa égida de la Real Audiencia.

Su rabia, muchas veces acallada por su prudencia y férrea persistencia por su labor científica, agudizada no más por la natural curiosidad que por su innata temeridad, estimulada además por su intrepidez y perspicacia que su juventud le brindaba, no era por menos.

Aún así, tuvo que sonreír para apaciguar la angustia que le producía observar el sometimiento impuesto por las armas españolas. Y particularmente, a partir de la desigualdad social y cultural existente que siempre se buscaba acicatear a los fines de conservar éstas la supremacía del poder.

A manera de conclusión.

Podría asentirse que la comprensión que tuvo Humboldt de la política dominante en la provincia de Venezuela, fue más que inteligente por cuanto que, sin dejar de inquietarse y preocuparse por la situación que derivaba de un autoritarismo oficializado (cuyos resultados afectaban el sosiego del medio en el cual buscaba realizar sus experimentos científicos), se empeñaba en mostrar una imagen de su persona profundamente inalterable ante tales circunstancias. En lo inmediato, esa conducta de Humboldt pudo constituir una vía de escape emocional por la cual evitaba revelar sus aprehensiones y emitir alguna opinión que le ganara más opositores de aquellas personas que en todas partes se resisten a cualquier actitud o decisión que involucre cambios o desplazamiento de viejos paradigmas. Particularmente, en aquella situación agobiada por los temores y resquemores propios del miedo que nace ante la impotencia que podía tenerse o sentirse en medio de tan disímiles expresiones de poder o de fuerza demostrada por la opresión del gobernante español.

Humboldt, siempre actuó con la prudencia necesaria. Más, sin embargo, cuando escribe desde Francia el tomo IV de su libro: *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, con un dejo de ira por esa misma impotencia contenida, sentenciaba que “la independencia de las Américas no contribuirá a aislarlas, ante bien las aproximará a los pueblos antiguamente civilizados. El comercio tiende a unir lo que hace mucho tiempo se ve separado por una celosa política. Hay más, la naturaleza de la civilización va siempre cundiendo adelante sin apagarse por eso en el lugar donde nació” (Ob. cit.; 1985 p.186). Fue enfático al referirse al problema político que dicha realidad reflejaba. De modo tal que su análisis, además de horadante y contundente, no dejaba de ser esperanzador. Señalaba que “estos inconvenientes y peligros se destierran por instituciones libres y fuertes adaptadas a los intereses de todos y la civilización creciente del mundo, la concurrencia del traba-

jo, y la de los cambios o permutas no arruinando estados, cuyo bienestar procede de un manantial común y natural” (Idem)

Humboldt, siempre estuvo convencido de la capacidad, coraje y sentimientos de libertad y de abnegación de los patriotas venezolanos quienes le demostraron su valor y decisión por llevar a cabo sus luchas independentistas. Compartía, circunspectamente, la justificada rebeldía que caracterizaba algunas actitudes aún cuando displicentes pero que en el fondo reflejaban anhelos y legítimas esperanzas ganadas sobre las angustias del sangriento acoso.

Ciertamente, Alejandro de Humboldt, entendió, mejor que muchos, los problemas políticos y sociales que para 1800 vivía y sufría Venezuela. Tanto que, luego de ser conocido por Simón Bolívar, éste llegó a escribir que “el Barón de Humboldt ha hecho más bien a la América que todos sus conquistadores” (Baralt; 1960, p.313). Y que tan plausible y veraz opinión, no sólo tuvo como partida la posibilidad de escuchar comentarios sobre los trabajos realizados por Humboldt, tanto por las conversaciones que, en París, ambos tuvieron en 1804, además de haberse carteadado durante la década de 1820. Tal fue así, que lo exaltó calificándolo “Descubridor Científico del Nuevo Mundo”. (Fundación Polar; 1988, t. E-O, p. 498). Igualmente, para ello debió valerse de la lectura que pudo hacer de su obra capital, *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*, la cual se publicaba en 1814.

En efecto, en víspera de la gesta emancipadora, Humboldt le ofrece a la intelectualidad europea y americana, un cuadro bastante completo “(...) de las riquezas y posibilidades de las futuras repúblicas, justamente cuando se esperaba ansiosamente que un nuevo régimen político las encabezara y las reorganizara. Aparte que la obra, constituye una descripción fiel, científicamente estructurada, de la realidad americana, incluyendo, algunas observaciones en las que con sano juicio subraya las fallas y deficiencias de la administración colonial. (Enciclopedia de Venezuela; 1976, pp. 224-225)

En fin, no sería equivocado asentir que Humboldt, lejos de ser un antipatriota por actitudes indiferentes que habría observado en determinados momentos, sobre todo luego de

volver a Europa en 1804, fue un hombre que supo vivir y comprender la política. Inclusive, la alta política. La política que prima las decisiones en los más comprometidos niveles de gobierno. Y es que no fue para menos tratándose de aquella persona que “(...) vio a Venezuela con los ojos de un artista del Renacimiento” (Pineda; 1999, p.4-5), toda vez que en él se conjugaban dos condiciones expresadas como virtudes, sensibilidad y capacidad. Porque, no por haber sido un científico, producto de la Ilustración, en algún momento dejó de ser un vástago del romanticismo por cuanto casi todo lo apreciaba con los ojos de del arte. O porque además, “nivelados así racionalismo y sentimiento, el naturalista que es todo uno con el humanista, desarrolla la metodología comparada que aplica a cualquiera que sea el tema que le salga al paso, visto como parte integral de una misma realidad física y mental” (Idem). Y desde luego, la política, como determinante de la vida humana, igualmente constituyó en Humboldt una necesidad que no sólo vivenció, sino además padeció como resultado de su profunda compenetración con el mundo que admiraba y hacia el cual rendía su mayor atención e inmanente tributación convertida en letras y sentimientos que siempre afloraron en su recuerdo de Venezuela y el Nuevo Continente.

Bibliohemerografía

ARELLANO Moreno, Antonio: *La Capitanía General de Venezuela*.. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, Imprenta Nacional, 1977.

BARALT, Rafael María: *Resumen de la Historia de Venezuela*. Maracaibo, Universidad del Zulia. Vol. 2, 1960.

Enciclopedia de Venezuela. Caracas Editorial Andrés Bello, Tomo III, 1976

FUNDACIÓN POLAR: *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas, 1988.

GIL FORTOUL, José: *Historia Constitucional de Venezuela*.. Caracas, Ministerio de Educación. Imprenta Nacional, Vol. I, 1953.

HUMBOLDT, Alejandro de: *Viaje a las regiones Equinocciales del Nuevo Continente*.. Caracas, Monte Avila Editores. Tomo IV, 1985

PINEDA, Rafael: "Humboldt, un vástago del romanticismo". *El Universal*.. Caracas, 1999

ROJAS, Arístides: *Humboldtianas*. Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1942

RODRÍGUEZ, Ramón A: *Diccionario, Biografía e Historia de Venezuela*.. Madrid, Editorial Texto, 1957